

Notas

En torno a un reciente libro nacional

De don Miguel de Unamuno se ha dicho acertadamente que parecía escribir en una lengua extranjera. Y esto por esa costumbre muy suya de volver a cada instante sobre el lenguaje que le servía de instrumento de expresión, para corroborar un pensamiento o adelantar una nueva idea.

Esta es, a mi ver, la más sutil y esmerada manera de servirse del lenguaje como vehículo de lo que pensamos o sentimos. Y esta también una de las formas de evitar que el lenguaje obtenga una primacía sobre el pensamiento o la afectividad, acabando por ahogarlos.

Porque hay tres formas de usar el lenguaje: Es la primera aquella en que ese instrumento se consulta solamente para decir con él lo que todo el mundo entiende y nosotros queremos expresar. No se busca, entonces, en el lenguaje, otra cosa que su puro carácter de trasmisor de una interioridad. En la segunda forma, el lenguaje mismo se hace objeto de atención; no se le escoge como mero vehículo comunicativo, sino que se atiende también a la forma misma gramatical, de modo de obtener con ella una expresión sonora al oído, una combinación de palabras de grata audiencia interior. Y, finalmente, la tercera forma es un retorno a la primera, mas con el aditivo de usar del lenguaje de manera más reflexiva, para apuntalar una idea que se quiere expresar, para puntualizar un pensamiento, para denotar cómo un vocablo corrobora, por sus orígenes, una teoría.

Estas tres formas de usar el lenguaje podrían explicarse quizás mejor con una metáfora. La primera forma equivale a aquel primordial uso que hacemos de las lentes, simplemente para ver los objetos. La segunda forma es como un ver las lentes mismas, antes que los objetos que tras ellas están. En la tercera forma los objetos se tienen en cuenta, pero también las lentes, y el ojo como que se empeña en comparar el dato puro de los objetos con el que se recibe de ellos a través del cristal.

Y es interesante observar cómo estas tres formas, ordenadas así en un esquema lógico, correspondan también a un orden cronológico de evolución en los organismos lingüísticos. En el latín podríamos citar como correspondientes de estas tres etapas, a César, a Tácito y a San Agustín. En el español, sus pares podrían ser Cervantes, Marco Fidel Suárez y Miguel de Unamuno.

Pero más que ciclos cerrados, estas etapas concluyen para comenzar de nuevo. En el latín se hace más difícil observar la iniciación y secuencia de las nuevas etapas, por el sino de esta lengua que fue, después de la caída del Imperio, en forma casi exclusiva, expresión del pensamiento científico. En el español, en cambio, puede advertirse por esta misma época que atravesamos, un volver a la primera forma.

En general, estos tres estadios corresponden a tres momentos del pensamiento o de la afectividad: En un principio hay cosas nuevas que decir y sentimientos nuevos que expresar. Después, agotada esta novedad, el espíritu quiere repetir en el instrumento gramatical de la primera época el escaso material conceptual y sentimental que posee, creyendo con error, que lo que constituye el interés de los escritores precedentes es la pura forma exterior del lenguaje, y no las ideas y sentimientos, ya por entonces gastados. En el tercer período surge el pensamiento crítico, escéptico, dubitativo, que debe servirse de instrumentos agotados, pero que reflexiona sobre las ideas que ese mismo instrumento ha venido expresando.

Toda esta introducción, cuyos temas, menos que tratados, han sido insuficientemente enunciados, tendía sobre todo a posibilitar la clasificación de un libro recientemente aparecido, cuyo autor, el ilustre médico Ricardo Charria Tobar, ha titulado "Domus Aurea".

En primer término, debemos mostrar nuestra inconformidad con la crítica de oficio que suele calificar de líricas obras como ésta en que la forma puramente externa es el canto.

Es cierto que si se busca la lírica en la literatura griega, el cántico aparece como su única expresión y como su total concepto.

Pero con el advenimiento del alma germánica a la literatura occidental, la lírica tomó un nuevo elemento correspondiente a la forma de interioridad propia del romanticismo nórdico.

No se caracteriza tanto el lírico de estas épocas por la denominada "nota personal", en el sentido que suelen darle los que tienen una formación literaria con base exclusiva en la cultura grecolatina. Lo lírico no consiste en expresar sin más, los propios pensamientos y sentimientos. Es algo más hondo todavía. Es el colocarse frente al mundo como un yo y mostrar a él todo lo que esa interioridad tiene de vida individual, particularizada, todo lo que para ese yo significa el sentimiento o la afectividad que lo domina. El lírico auténtico, podríamos decir, más que expresar su dolor, su ansiedad, su júbilo, se muestra al mundo como un yo doloroso, angustiado, ansioso o exultante.

Con estas ideas podría someterse a proceso toda la lírica de lengua española. Y si contáramos con un espacio mayor que el que nos depara un simple comentario bibliográfico, osaríamos decir cómo en España no ha habido genuina lírica sino hasta el presente siglo XX; cómo en América empieza a florecer con Neruda y un tanto con Barba Jacob; cómo en Colombia, por ser el país en que más honda rai-gambre han tenido las letras grecolatinas a través del renacimiento español, el lirismo apenas se apunta en jóvenes poetas de no más de veinte años.

Y mostraríamos también, la correspondencia que esta auténtica lírica surgente, tiene con ciertas formas políticas y filosóficas que España ha podido contar antes que nosotros y de las que América viene conociendo en un proceso lento y no igual en todas sus latitudes.

El autor de "Domus Aurea" no es, en el sentido que venimos asentando, un lírico genuino, un lírico logrado, sino un lírico sumido en la forma, que para muchos constituye la única manifestación de la lírica. Sujeto en demasía a nuestra tradición literaria, pero por su vigorosa personalidad, hombre de estos tiempos, Ricardo Charria Tobar pertenece al segundo de los órdenes lógicos que antes establecíamos.

Y se coloca en él muy poco a su agrado. Es un escritor que tiene muchas cosas que decir a su lector, pero a quien el estilo impide dejar comprender su interioridad. La sonoridad imperante en su prosa no deja al lector más papel que el de oyente.

Discurren por el libro bellas imágenes, sugestivas metáforas y fecundas ideas asfixiadas por el ambiente formal y aturdidas por el bullicio de la estridencia retórica. Compárese la prosa de este escritor con la de Azorín, por ejemplo, o con la de Jarnés, o con la de la mayoría de los grandes escritores españoles de este siglo, y se verá al punto cómo en éstos, lo que más nos atrae es justamente lo que nos dicen o, si se quiere, la forma interna de decirlo; pero muy poco el instrumento verbal externo que emplean para exteriorizar su mundo interior.

El autor de "Domus Aurea" es una transición hacia esta nueva manera de escribir. Es, en mucho, la expresión literaria de la crisis espiritual que atraviesa Colombia en todos los órdenes de la cultura, crisis, desde luego, que no es sino un tránsito hacia un estadio superior.

Charria Tobar alude en este libro a todos los temas que han sido objeto de la lírica antigua y de la moderna. Pero su discurso se desgarran en una antinomia profunda: lo que más le interesa es el contenido, pero lo traiciona el continente de una prosa galana, de múltiples registros, tan ufana de sí, que estorba la ostentación de aquello mismo para que fue hecha y cultivada.

Y es curioso observar cómo estos hombres de transición (los de España aún viven), son en el diálogo íntimo mucho más interesantes que en su calidad de escritores. Se les ocurren cosas agudas, juicios sutiles, imágenes profundas, todo lo cual, ante el círculo de los amigos, se dice llanamente, sin necesidad de recurrir al estrépito ostentoso del lenguaje, en una palabra, sin la urgencia de que se forme en torno de ellos una comunidad de meros auditores y, sí, principalmente, una comunidad de los espíritus.

Y estos hombres no pueden escribir lo que piensan y lo que sienten porque el demonio del lenguaje los tiraniza implacablemente. Primero que consultar su interior, buscan el efecto musical o la corrección puramente externa de la frase. No hablan a un espíritu situado frente a ellos, sino que simplemente hablan, pensando poco en el espíritu y sí solamente en los oídos receptores de la belleza auditiva.

¿Son creadores de arte? Es cosa indudable: acabamos de escribir "belleza auditiva". Negarlo sería repudiar a D'Annunzio y borrar la mayor parte de nuestras glorias literarias.

Pero hoy el arte literario empieza a exigir algo más, y es esta exigencia lo que Charria Tobar trata de satisfacer en muchos de los lugares de su libro y que logrará del todo cuando ponga sordina a su prosa y complazca a sus lectores que más que oírlo quieren comprenderlo.

Cayetano Betancur.

Efe Gómez en la literatura antioqueña

En la literatura antioqueña, los nombres de Tomás Carrasquilla y Efe Gómez constituyen la máxima expresión de un denso pretérito intelectual, cuyos últimos guarismos creadores quedarán como una alta honra de las letras nacionales. El maestro Efe Gómez realizó entre nosotros una obra de cuentista que muy bien puede tener audiencia en los más jactanciosos meridianos literarios de América. Lástima

que sus cuentos hayan casi naufragado como materiales de construcción de una novela que avezados críticos colombianos han encontrado informe y frustrada. Pero Efe Gómez en la faena cuentística no tuvo par en el mapa intelectual del país. En sus creaciones no se advierte la angostura psíquica del escritor costumbrista, siempre encarcelado dentro de un cepo físico y espiritual que amputa su obra. El autor de "Alma Fáustica" les comunicó a sus cuentos pulso ecuménico, aliento órbico y palpitación universal. El artista sabía descender al subsuelo de su héroe para indagar toda aquella maquinaria interior que en un momento dado llega a mover, impulsar y precipitar su vida. Desbrozando la tupida selva de sentimientos y pasiones, el cuentista lograba la percepción nítida de un alma y el exacto conocimiento de todos sus ingredientes. Efe Gómez fue el investigador psicológico por excelencia, el analista de seres en su lucha interna y externa, y el buzo intrépido que en honda inmersión penetra las espesas conflictivas anímicas del hombre asaltado por una súbita erupción de oscuras fuerzas invisibles que lo aniquilan.

El maestro Efe Gómez fue un escritor vernáculo pero no un literato costumbrista. Tomás Carrasquilla, por ejemplo, nos ha dado una visión estupendamente objetiva de este gran núcleo humano. Mas esta egregia versión óptica se resiente en absoluto de dragado interior. Novelistas como el maestro Carrasquilla apenas reproducen, copian, calcan y fotografían el contorno que estruja su retina. El hombre como patético universo humano permanece virgen e ileso ante sus ojos. El autor de "Salve Regina" no ha necesitado otra materia prima para sus libros que la acuarela social exterior de nuestra raza, el croquis epidérmico y todo el formidable cromatismo de una naturaleza y de un ambiente. Sólo que no sorprendemos en su obra la honda traducción de los hechos humanos, de sus yacimientos y raíces, y del dramático espesor que los colma. El costumbrismo punza apenas la corteza de los fenómenos, y extrae de un inocuo pellizco sobre la piel del suceso todos sus elementos de nutrición. El maestro Efe Gómez construyó su obra con materiales de resistencia alcanzados en el más angustioso e incisivo enfoque de acres topografías humanas. No fue un simple notario del mundo exterior sino su audaz buceador. "Yo,—escribía Luis Pirandello—, aparte del placer de contar, experimento una más profunda necesidad espiritual, y no admito personajes, peripecias, paisajes, sino cuando están empapados, por decirlo así, de un sentimiento particular de la vida que les confiere valor universal". En el maestro Efe Gómez el cuento no tuvo categoría de mera narración o relato, según los viejos modales estéticos del costumbrismo. Su obra cuentística se caracteriza ante todo por su tensión, presión interna, densidad e intensidad. "Estos elementos, lo aclaraba sagazmente un comentarista de nuestro tiempo, no se obtienen contando muchos sucesos. Todo lo contrario: pocos y sumamente detallados, es decir, realizados. Como en tantas cosas, rige aquí también el *non multa, sed multum*. La densidad se obtiene, no por yuxtaposición de aventura a aventura, sino por dilatación de cada una mediante prolija presencia de sus menudos componentes".

Después de su muerte, Efe Gómez recibirá de las letras nacionales la augusta valoración que merece su nombre. El autor de "Mi Gente" es de los pocos escritores regionales cuya obra tiene derecho a la supervivencia.

J. M. y M.

Cuadernillos de poesía colombiana

Como suplemento adjunto, iniciamos desde esta entrega de la revista una esco-

gida y selecta vulgarización de los valores poéticos colombianos que con más acusado perfil se destacan en el mapa de la literatura nacional contemporánea.

Sin egoísmo de promociones históricas ni sectarismo de escuelas, capillas o divisas estéticas, la divulgación que nos proponemos tendrá ante todo como objetivo cardinal ofrecerle a los meridianos de cultura extranjeros un riguroso muestrario antológico de las plurales expresiones, voces y modalidades líricas que florecen en esta edad de la historia intelectual del país. Así, por ejemplo, hoy inauguramos estos cuadernos vulgarizadores con Guillermo Valencia, prócer excelso de la poesía americana, para cuya presentación hemos reproducido el magistral estudio de Rafael Maya, que corte publicado en su penúltimo libro: "Alabanzas del hombre y de la tierra". Sobre este primer "cuadernillo" queremos hacer una advertencia: en estas reducidas páginas apenas se ha podido entregar a la ávida fruición de los amantes del canto espiritual un breve escolzo de la prieta y densa producción de nuestro más insigne poeta. Desde ahora prometemos relieves más vastamente el contenido de la obra del Maestro, con la edición de otro cuadernillo, que adicione estas páginas que hoy le dedicamos. Por otra parte, para las posteriores elaboraciones de este suplemento, hemos asegurado la colaboración de eminentes escritores nacionales, los cuales tomarán a su cargo la selección y crítica de cada uno de los poetas cuya obra nos proponemos exaltar y divulgar. A Valencia, seguirán luego Barba Jacob, Mario Carvajal, Rafael Maya, León de Greiff, Antonio Llanos, Eduardo Carranza, Jorge Rojas, etcétera, posiblemente acentos estrófico de disímil filiación estética, pero todos ellos cifras de rara calidad y singular altura en el verso colombiano de nuestro tiempo.

Con la egregia plenitud de los poemas de Guillermo Valencia, abrimos, pues, estos cuadernos de divulgación cultural.

Una biblioteca filosófica

Francisco Romero es ampliamente conocido en América por su intensa y persistente labor de animación intelectual y por sus propias y valiosas contribuciones a la literatura filosófica del continente. Desde sus cátedras universitarias en la Argentina atisba con avidez impaciente la trayectoria del pensamiento filosófico universal, deteniéndose con predilección en la emergencia americana. En esta admirable faena invierte el profesor Romero toda su extraordinaria capacidad de dedicación espiritual, alentando por todos los medios a su alcance la vocación y el ánimo por esta noble disciplina de la inteligencia. De esta loable tarea de pulsación extrae su noble intención de coordinar estas vertientes, en donde ya no sólo es lo folklórico el rasgo auténtico, por medio de una pertinaz obra de comunicación y acercamiento espiritual. Hace poco, relievando la significación y el contenido de uno de los más representativos valores filosóficos con que cuenta el pensamiento americano, el uruguayo Vaz Ferreira, anotaba sagazmente Romero: La incomunicación continental, entre tantos males, trae consigo que nuestros valores más altos y puros no alcanzan a veces al reconocimiento que les es debido más allá de nuestras fronteras. Uno de los deberes más urgentes e imperiosos de la solidaridad americana, que ahora renace o parece intensificarse, tiene que ser sin duda llevar a vigencia americana, por ahora, a vigencia universal después, los espíritus que son ya honra de nuestra cultura".

En armonía con este admirable prospecto de acción cultural Romero se ha hecho cargo de la dirección de la Biblioteca Filosófica de la Editorial Losada de Bue-

nos Aires, cuyos primeros volúmenes han aparecido ya, enriqueciendo la bibliografía americana con excelentes obras de autores de nuestra lengua o traducidos. Por medio de esta Biblioteca, su Director aspira a incorporar al habla española valores filosóficos universales y libros americanos, cuya aparición se tratará de fomentar desde allí en forma especial. Los últimos correos nos traen dos excelentes ediciones que puntúan a cabalidad esta intención. La primera es la *Crítica de la Razón Pura*, de Kant, traducida por el cubano José del Perojo que, aun cuando incompleta, supera a las anteriores conocidas, aun a la de Bergua, pues tiene la ventaja de haberse hecho bajo las inspiraciones de Kuno Fischer. Además, contiene este tomo, de 385 páginas esmeradamente impresas, una *Vida de Kant* y la *Historia de los orígenes de la Filosofía Crítica*, por Kuno Fischer, que aumentan extraordinariamente el interés de la publicación. La otra obra, de la cual nos ocuparemos a espacio en próximas ediciones de la revista, es de Angel Vassallo, Profesor de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires y uno de los más vigorosos expositores de estos temas en la Argentina. En sus "Nuevos Prolegómenos a la Metafísica", título de esta obra, transita por las rutas del pensamiento francés contemporáneo, alineando su esfuerzo bajo la insigne trayectoria de Gabriel Marcel y Mauricio Blondell, cuyo pensamiento persigue en un afán de adaptación e intención didáctica.

Entre las próximas impresiones que prepara Romero, está "La Ontología fundamental de Heidegger", de Wagner de Reyna, catedrático de la Universidad Católica de Lima, quien percibió directamente las direcciones del pensamiento del gran filósofo alemán. Obras de Malebranche, Bossuet, Berkeley, Nicolás de Cusa y textos medievales de interés filosófico general serán repartidos al público de todo el continente bajo la inmediata inspección de este experto e infatigable animador de las cosas del espíritu.

Complacidos registramos el éxito logrado ya por esta noble empresa cuya contribución a la espiritualización de América marca un signo de promisorios alcances en el panorama de la solidaridad continental y en el surgimiento de una etapa de magníficos acaeceres por la definición de nuestra propia cultura. Nuestros aplausos más sinceros van hacia esta casa editora y muy especialmente al director de esta Biblioteca, nuestro flustre amigo, el profesor Romero.

Situación de la filosofía en la Argentina

En "La Nación" de Buenos Aires, publicó recientemente Carlos Alberto Erro, escritor y filósofo argentino, el denso ensayo sobre el estado actual de los estudios filosóficos en su país, que a continuación copiamos: En torno a este riguroso inventario espiritual, el autor ha puntualizado sagazmente el aspecto fundamental que el problema presenta en su sentido universal. Este brillante estudio, que nos ha sido enviado galantemente por Francisco Romero, relieves en forma magistral el formidable movimiento de la inteligencia argentina contemporánea en torno a las disciplinas filosóficas.

"Como las grandes y profundas razas, como las grandes y vivientes naciones, como las lenguas mismas de los pueblos, orales, escritas, como las artes inventadas,

las grandes metafísicas, las filosofías son nada menos que lenguajes de la creación. Es una tesis metafísica, y de las más hondas, que el universo, me refiero al universo sensible, es un lenguaje que Dios habla al espíritu del hombre, un lenguaje por signos, un lenguaje figurado; en otros términos, en términos específicamente cristianos, que la creación es un lenguaje que el Dios creador habla al hombre, su criatura. Ella misma comprendida en esta creación. Pero hecha a imagen y semejanza de su Creador. *Una inmensa bondad caída del firmamento*. Recíprocamente las grandes filosofías, las grandes metafísicas no son más que respuestas. El ateísmo mismo, que es una metafísica, es una respuesta. Es una respuesta como la blasfemia. Como la maldición impía. Vigny también da una respuesta. *Mudo, ciego y sordo al grito de las criaturas*. Así comienza una nota de Charles Péguy titulada "*Que no hay una sucesión lineal de las Metafísicas y de las Filosofías, sino que, por el contrario, en toda gran Filosofía hay una raza irreductible y que sólo la Metafísica suministra un conocimiento directo*".

La tesis que se desarrolla en esa nota sostiene que los grandes sistemas filosóficos son irremplazables, que no pueden ayudarse mutuamente ni prestarse servicios los unos a los otros. Nada más falso que representarse la sucesión de las metafísicas y de las filosofías en la historia del mundo como una sucesión lineal, como una cadena en que cada eslabón anularía o superaría el eslabón precedente. Un gran filósofo, un gran metafísico no es de ningún modo un hombre que llega a demostrar que "cada uno de sus ilustres predecesores separadamente y todos en conjunto, y sobre todo el último en fecha, era el último de los imbéciles. Es un hombre que ha descubierto, que ha inventado algún aspecto nuevo, alguna realidad, nueva, de la realidad eterna; es un hombre que entra a su turno y por su voz en el eterno concierto". Debemos representarnos al conjunto de las grandes metafísicas en la historia y en la memoria de la humanidad, a los grandes sistemas dignos de este gran nombre de metafísicas y de filosofías, como al conjunto de los grandes pueblos y de las grandes razas; en una palabra como al conjunto de las grandes culturas. La confusión del partido intelectual moderno entre el progreso rectilíneo de la técnica y el progreso de las teorías proviene de una incapacidad original, más o menos querida, más o menos sincera, del partido intelectual y del mundo moderno para captar, para distinguir, la real diferencia, capital, que hay entre las prácticas y las teorías.

Estos conceptos y estas palabras de Charles Péguy son profundamente coincidentes con el punto de vista de Martín Heidegger. Contestando a preguntas que le formulara en 1936, escribió las siguientes palabras que he reproducido en mi libro "Diálogo existencial": "La fenomenología no es el método absoluto de la filosofía, frente al cual todo lo realizado hasta ahora puede considerarse como algo a medio hacer o fracasado. Heráclito es un pensador tan riguroso como Aristóteles, y Kant tan riguroso a su vez como el Estagirita. Nietzsche, el poeta filósofo, hasta ahora muy mal entendido, piensa tan científicamente como Hegel. Para comprender esto hay que apartarse, sin duda, de la creencia de que en la filosofía existe un progreso y un desarrollo por el estilo del de las ciencias; todo filósofo verdadero está al comienzo y cada uno se encuentra a igual distancia que el otro, siempre, claro está, que sea un filósofo y no un erudito en filosofía".

Puesto en el trance de hacer una apreciación de conjunto sobre nuestra situación filosófica al terminar este año de 1938—momento propicio para contemplar la distancia recorrida y efectuar inventario y balance de obras y hechos—he querido empezar subrayando esos conceptos de Péguy y de Heidegger, para, de entrada, lla-

mar la atención del lector sobre el carácter especialísimo del progreso en el campo de la filosofía. Cuando se habla de progreso o de retroceso en filosofía, hay que dejar de lado las ideas con que se las mide en las otras zonas de la actividad humana.

En general, el hombre no concibe el progreso sino de una manera, de la manera que Péguy llamaba lineal, que implica sucesión, encadenamiento, rectificación y utilización de lo producido antes por lo que se produce después o más tarde. Si como dice Heidegger, todo filósofo verdadero está al comienzo y cada uno se encuentra a igual distancia que los otros, al pronto parecería imponerse la conclusión de que en filosofía el progreso no existe o de que es imposible. Pero esta conclusión sería falsa. La filosofía se enriquece, progresa, cada vez que nace un filósofo digno de tal nombre; la helénica cuando aparecen Platón o Aristóteles, la alemana cuando Kant o Hegel elaboran sus sistemas. Mas el progreso que éstos o aquéllos engendran no supone la superación o rectificación de lo hecho por los otros y viceversa. No hay conexión entre ambos sucesos. Frente al concepto común del progreso lineal o conectado, el concepto del progreso inconexo. Este es el de la filosofía. En filosofía sólo se puede avanzar creando en el verdadero sentido de la palabra. Creando como en el primer día de la Creación.

Tales ideas, muy legítimas, a mi juicio, si se considera a la filosofía en su conjunto, no nos sirven para valorar la marcha de la filosofía entre nosotros. Y no nos sirven porque no hemos Megado a crear ningún sistema filosófico original. Ahora, en el mismo momento en que casi todos hemos abandonado el positivismo, somos tan tributarios de Europa, tan poco originales en filosofía, como cuando escribía José Ingenieros. Esta comprobación, que en otro género de estudios, podría ser justificadamente motivo de desaliento, no debe alarmarnos. La filosofía representa la suma y coronación de toda una cultura y un filósofo auténtico y original, que es como decir un gran filósofo, sería casi un milagro en la Argentina, a los 128 años de la Independencia.

El criterio con que se aprecia el progreso de la filosofía en su conjunto no nos sirve, pues, para medir la nuestra. Tenemos que situarnos en otro punto de vista. Tenemos que preguntarnos si como tributarios de Europa, la seguimos de cerca o de lejos, parcialmente o en todas sus manifestaciones importantes. Si son pocos o muchos los que se dedican a la filosofía entre nosotros. Si las disciplinas filosóficas ejercen importante o mediocre influjo en la formación cultural de las nuevas generaciones. Tenemos que considerarlas en su extensión, profundidad y actualidad.

Mucho, enormemente han ganado los estudios filosóficos desde los tiempos en que imperaba aquí el positivismo. Varios hechos importantes tenemos que anotar en este balance de las disciplinas especulativas.

La filosofía interesa cada vez más a las nuevas generaciones. Interesa a hombres y mujeres. Los libros sobre temas filosóficos que hasta ayer quedaban ignorados en los estantes de las librerías, hoy se venden sin dificultad y en cantidades a veces apreciables. Esto refleja una mayor curiosidad del público, un clima más propicio para la faena desinteresada de la inteligencia.

La situación de la filosofía, como en general el estado de la ciencia toda, no puede pulsarse exactamente teniendo en cuenta tan sólo la producción escrita. La labor oral de la cátedra a veces es ingente, profunda, y no trasciende de inmediato fuera del aula, a pesar de que deja en los alumnos huellas duraderas llamadas a fructificar con el tiempo. Las actuales generaciones conocieron el esfuerzo y recibieron el bene-

ficio de un maestro de grandes méritos, en lo puramente humano y en lo espiritual, que ya avanzaba fuera del positivismo. He nombrado a Alejandro Korn. Hoy, un cómputo que se limitara a la bibliografía argentina, no tendría en cuenta, como se merece, la labor docente de profesores de la calidad de Coriolano Alberini y Francisco Romero, labor de primera importancia en el desarrollo de los modernos estudios filosóficos en nuestro país.

Diversas tendencias se señalan hoy en la Argentina y cada una de ellas agrupa adeptos talentosos que las defienden con eficacia. La uniformidad que predominaba en la época del positivismo—éste era entonces prácticamente dueño del campo—ha sido sucedida por una promisoriosa y fértil multiplicidad de escuelas y teorías. Francisco Romero y sus discípulos, Eugenio Pucciarelli, Anibal Sánchez Reulet, etc., están próximos al terceto Ditley-Husserl-Scheler; Carlos Astrada profesa el existencialismo heidegueriano y Angel Vassallo franceses modernos: Blondel y Marcel. Por su parte, Patricio Grau está situado en la línea de Leibnitz y Miguel A. Virasoro en la de Hegel.

La tendencia más caudalosa tiene carácter religioso y sigue las huellas del tomismo. Sobre ella ha ejercido fuerte influencia Jacques Maritain. Seguido al principio sin discrepancias por sus discípulos argentinos, sus últimos escritos de filosofía práctica y su actitud ante la guerra de España los ha dividido en dos grupos: uno, el de los maritainistas puros, o católicos personalistas, que encabeza Rafael Pividal acompaña al maestro en su actual posición, el otro se inclina hacia el fascismo.

En el grupo tomista merecen citarse Tomás Casares, Rafael Pividal, Nimio de Anquín y los sacerdotes Castellani, Sepich, Menvielle y Báez, junto con varios otros valores más jóvenes. En la Facultad de Filosofía y Teología de San Miguel, en los cursos de Cultura Católica se realizan investigaciones de seminario y se dictan clases regulares sobre la filosofía de Santo Tomás.

La decadencia del positivismo que en todos los países coincide con movimientos de rehabilitación y restauración filosóficas, señala entre nosotros, a la vez, un vigoroso renacer espiritualista. Hace veinticinco años, señalaba insistentemente D. Miguel de Unamuno, en los numerosos artículos que por entonces publicaba en estas mismas columnas y en algunas revistas españolas, comentando diversos libros argentinos, la escasa preocupación por los eternos problemas religiosos que advertía en aquéllos y mencionaba especialmente “el de la finalidad última del universo, el de la persistencia de la conciencia, el de la inmortalidad del alma, el de la comprensión de Dios”. Aludía de este modo el escritor español a un evidente vacío de toda la producción intelectual argentina durante el primer cuarto del presente siglo, inspirada exclusivamente en los maestros del positivismo. Los grandes escritores religiosos o antipositivistas que aparecen durante ese tiempo no tienen ninguna repercusión en la Argentina. cuyos principales escritores ven el mundo al través del positivismo y no ofrecen ninguna vía de acceso para la comprensión y la absorción de las obras filosóficas y literarias orientadas en otro sentido. Los problemas religiosos no existen para esa generación, si se la considera en su conjunto, a pesar del carácter definitivamente católico de la población del país; falta en toda ella un concepto espiritual, supramaterial, de la vida.

Nuestra generación, orientándose hacia un sentido espiritual de la vida, restituyendo el interés por los problemas religiosos, ha rectificado claramente el rumbo de la que la precedió. Ella ha enriquecido la producción filosófica y literaria de la Argentina poniéndola en la vía de la meditación inspirada en la fe religiosa; ha señalado acusadamente su vocación por los problemas espirituales que superan la

órbita del racionalismo positivista, y ha demostrado que esos problemas no sólo le interesan intelectualmente sino que los siente y los vive.

Las investigaciones de filosofía del derecho han recibido en los últimos años considerable impulso, y entre los juristas filósofos se cuentan algunos que han levantado el nivel de nuestra literatura jurídica con obras notables por su profundidad y enjundia. Enrique Martínez Paz y Raúl Orgaz en Córdoba y Tomás Casares y Carlos Cossio en Buenos Aires y La Plata, figuran entre los valores sobresalientes. Las tendencias se dividen entre el neokantismo de Marburgo, el neotomismo y la escuela de Hans Kelsen. Recientemente se ha fundado en Buenos Aires el Instituto Argentino de Filosofía Jurídica y Social, que realizará sesiones periódicas y que se ajusta en su organización a las normas del estatuto del Instituto Internacional de Filosofía del Derecho.

Continuamos siendo tributarios de Europa pero nos hemos acercado cronológicamente a ella. Nos hemos aproximado, sobre todo, a Alemania y a su idioma. El positivismo seguía imperando en nuestro país muchos años después de haber caído en caducidad en Europa. Cuando José Ortega y Gasset visitó por primera vez la Argentina, se asombró de que en nuestras facultades aún se siguiera de cerca a Herbert Spencer. Hoy se tiene una sensibilidad más aguzada para captar las nuevas ideas, porque nuestra generación vive los problemas de su tiempo, y las corrientes filosóficas son, en gran parte, una expresión de su sentido. Francisco Romero ha hecho notar con razón que entre los adherentes a las nuevas filosofías hay que distinguir tres clases o tres capas; los que las adoptan porque son la novedad del día y no es elegante estar en pugna con ellas, los que siguen de cerca el movimiento general de las ideas y obedecen en su actitud a la comprensión inteligente del significado de la crítica a que se las somete y los que viven espontáneamente el pensamiento de la época, los que lo van forjando. Son los protagonistas del drama. Entre los nuevos valores argentinos hay varios que podrían incluirse en esta última categoría. Su calidad y su número nos permiten alimentar la esperanza de que el pensamiento filosófico argentino alcanzará en el porvenir vuelo y bríos auténticos en beneficio de la profundidad y firmeza de nuestra cultura.

Carlos Alberto Erró.

“Sulla involuzione nel diritto”

Honramos las páginas de la presente edición de la revista con la versión española de este denso estudio del Profesor Giorgio Del Vecchio, que representa, según su propio decir, la última expresión de su pensamiento en torno a estos prominentes temas de filosofía jurídica, dentro de los cuales actúa el ilustre Profesor con la inmensa autoridad de su prestigio universal.

Esta traducción del texto italiano ha sido expresamente autorizada por su autor, como un testimonio de cordial amistad intelectual y simpatía hacia nuestra labor. Transcribimos los párrafos pertinentes de su honrosa comunicación:

“Roma, 3 ottobre 1938.

Illustre e caro Direttore,

Ho ricevuto la pregiata Sua lettera del 20 Settembre, e vivamente La ringrazio per le benevole espressioni che Ella ha la bontà di rivolgermi.

Le confermo i miei sentimenti di altissima stima e di cordiale simpatia, che già Le ho espresso nella mia precedente lettera, per l'Università Bolivariana e per la rivista che ne è la degna espressione.

Accetto quindi con vero piacere l'onorifico invito, che Ella gentilmente mi rivolge, a collaborare nella rivista; e poiché in questo periodo non avrei la possibilità di preparare uno studio inedito, accolgo molto volentieri la proposta, che Ella mi fa l'onore di farmi, di pubblicare nella detta rivista una traduzione del mio recente opuscolo "Sulla involuzione nel diritto". Esso rappresenta l'ultima espressione del mio modesto pensiero, e mi è grato perciò di farne omaggio a la predetta rivista.

Suo dev. mo

Giorgio Del Vecchio."